

DÍA 50 - CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR- EL ARTE DE MULTIPLICAR

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

San Manuel González - Texto extraído de “**Granitos de Sal, 1ª serie**”

3559. Si yo fuera *gerundiano*, aprovecharía la bonita ocasión que se me presenta ahora de lucir mi erudición escrituraria, encabezando este articulillo, que va a tratar de la conveniencia de multiplicar, con las palabras del Génesis «creced y multiplicaos», con las cuales cualquier discípulo del célebre Fray Gerundio de Campazas demostraría sobradamente que el arte de multiplicar era nada menos que de derecho y mandamiento divinos. [...]

3560. Porque, decidme: ¿No sería un gran descubrimiento el que yo os hiciera, si os enseñara el secreto de la tan buscada piedra filosofal?

¿No sería una gran revelación la que os descubriera el procedimiento de convertir un *cero* en un *millón*?

En las matemáticas terrestres sabemos que un cero multiplicado por un número cualquiera, sea éste todo lo grande que sea, no da más que cero; pues en esta teoría de la multiplicación, que yo os voy a explicar, se realiza el prodigio de que el cero es multiplicable, y que multiplicado por una *cifra* especial, que ya os diré, produce millones y millones, más aún, infinito. Y antes que os asome a la cara una sonrisa entre burlona e incrédula, voy a tener el gusto de haceros la presentación del *cero* ése que sale tan bien parado de mi teoría de la multiplicación.

3561. [...] En el hombre, y vamos a picar un poco en el campo de la teología, hay tres clases de operaciones, correspondientes a su triple carácter o condición animal, racional y cristiano.

Tiene, por consiguiente, obras animales, como el comer, beber, sentir; obras racionales, como pensar, discurrir y querer; y obras sobrenaturales, como hechas por un alma elevada al orden sobrenatural por la gracia del Bautismo.

Todavía en este orden sobrenatural cabe una clasificación de obras, correspondientes a los dos estados en que puede estar esa alma, viva o muerta, es decir, con gracia santificante o con pecado mortal; y, por consiguiente, las obras pueden ser vivas o muertas, según que las haga un alma en gracia o en pecado.

3562. De modo, que cada hombre tiene dos clases de operaciones: naturales y sobrenaturales. Las naturales pueden ser animales o racionales; y las sobrenaturales vivas o muertas.

¿El precio?

3563. Y vamos acercándonos ya el *cero* en cuestión. ¿Qué valen estas obras?

Según la cantidad y calidad del bien que nos produzcan, porque, indudablemente, Dios Creador nos ha dado las facultades de esas operaciones para nuestro bien. Las operaciones animales producen bien o bienestar físico, las racionales bien intelectual o moral, y las sobrenaturales bien sobrenatural, o sea, aumentos de gracias y virtudes en esta vida y gloria sin término en la otra.

Más claro: **Yo como** (función animal), y ese alimento quita a mi estómago las angustias del hambre y fortalece mi cuerpo; **yo estudio** (función racional), y mi entendimiento se solaza en la contemplación de la verdad; **yo en estado de gracia doy limosna a un pobre por amor de Dios**, y mi alma se enriquece con un aumento de gracia de Dios y adquiere un nuevo título a gozar del cielo.

Pero entiéndase bien, sólo estas acciones sobrenaturales vivas son las que me dan cielo, las que me salvan. Las demás, por útiles y perfectas que en su clase sean, no pueden por sí mismas darme ni un rayito de gloria.

3564. Podrá tener un hombre unas fuerzas hercúleas y unos pulmones de bronce, y un estómago de acero, y habrá conseguido ser un hombre con buena salud. Podrá componer unos versos como Virgilio y decir unos discursos como Cicerón, y escribir más que el Tostado, y tener buen corazón y sentimientos delicados, y con todo eso adquirir fama y gloria, y dinero, y cariño, y admiración, y bendiciones de Dios y de los hombres; pero ni con la buena salud, ni con las muchas fuerzas, ni con la mucha fama se adquiere un adarme de gloria sobrenatural.

Por muy alto que suban nuestros merecimientos naturales, siempre entre ellos y el cielo habrá una desproporción infinita.

Todo eso, con ser tan bueno en sí mismo, vale *ceros* para nuestra salvación.

Cero, que lo sería eternamente, si la misericordia inagotable del Corazón de Jesús no se hubiese compadecido de nosotros, enseñándonos y concediéndonos la multiplicación de los *ceros*.

3565. Y aquí, hermanos y amigos míos, sí que hay motivo para que se nos alegre el alma y nos estalle de agradecimiento el corazón. Mirad qué operación más ventajosa para nosotros.

Poned arriba, en lugar del multiplicando, el *ceros* de nuestras acciones, naturalmente buenas o indiferentes, y poned debajo, en vez del multiplicador, estas dos cifras: *Estado de gracia y rectitud de intención*, y ¡a multiplicar! Y veréis con gozo indecible cómo aquellos *ceritos* insignificantes y tan aburridos de la línea de arriba comienzan a estirarse y a pasarse al producto, convertidos en millones y billones de méritos para el cielo.

3566. El secreto de esa operación tan maravillosa está, como se ve, en el multiplicador, la gracia y la recta intención.

¡La gracia!

¡Y qué poca cuenta echan de ordinario los cristianos en el valor de ese factor tan poderoso!

¡Qué poca estima hacen de ese tesoro que se llama gracia de Dios!

¡Estar en gracia de Dios, es decir, recibir sobre nuestra debilidad y miseria todo el esplendor, toda la santidad y todos los encantos de los méritos de Jesucristo, presentarnos ante el eterno Padre cubiertos con la túnica perfumada de su Hijo muy amado, ofrecerle como homenaje de adoración y gratitud toda la sangre, todas las virtudes santas, todo el corazón de su Hijo bendito!

3567. ¡Ay! ¡Si supieran bien los cristianos lo que es *estar en gracia*! ¡Cómo la buscarían con más ansia y cómo no la dejarían perder tan fácilmente...!

¿La rectitud de intención?

Es decir, dirigir nuestras obras a Dios como a fin nuestro y de ellas que es: movernos, no por fines rastreros de lucro o codicia, ni aun por fines naturalmente honestos, sino por Él, porque Él lo quiere, porque Él se lo merece, porque le amo y quiero darle gusto. Esto es, pensar, querer, andar, trabajar, comer, beber, dormir, reír, llorar, vivir y morir, todo yo y todo lo mío a mayor gloria de Dios.

3568. ¿Es cosa ésta difícil?

No, ni muchísimo menos, tanto más cuanto que no se nos exige que cada momento estemos pensando en Dios para hacerle estos ofrecimientos, sino que basta la intención *virtual* de referirlo todo a Él, no retractada por la comisión de un pecado.

Santo Tomás de Aquino, príncipe de los teólogos, ha llegado a decir que para un alma en estado de gracia y dirigida por esta recta intención habitual no hay actos indiferentes: todos los que realice o son meritorios de gloria o son pecados.

3569. De modo que oídllo bien, almas deseosas de vuestra salvación y oprimidas por el peso y el temor de vuestras miserias: todos los actos humanos, buenos o indiferentes que realicéis, teniendo la conciencia limpia y la intención recta, aun sin pensar en cada uno de ellos en Dios ni en el mérito que podéis recibir, son otros tantos aumentos o grados de gloria a que *adquirís derecho*.

Y, por consiguiente, no sólo rezando, mortificándoos y haciendo actos de piedad ganáis cielo, sino escribiendo, hablando, recreándoos moderadamente, vistiendo según vuestro estado, comiendo, bebiendo o durmiendo ordenadamente, y ¡hasta bailando! (modestamente se entiende), ¡cada acto de esos un grado más de gloria!

3570. ¿Y sabéis lo que santa Teresa de Jesús hubiera dado por un grado más de gloria? Hubiera, dice ella, sufrido con gusto todas las penas de esta vida y todos los tormentos de los mártires.

¿No es verdad que se ensancha el alma de gozo al contemplar tanto empeño y tanta generosidad por parte de Dios en salvarnos, y tanta facilidad en nosotros para enriquecernos con riquezas imperecederas que ningún ladrón, si nosotros no queremos, podrá quitarnos?

3571. Y notad que ese multiplicador maravilloso es susceptible de aumento; es decir, que mientras más limpia de pecados veniales y faltas esté la conciencia y más dirigida al puro amor de Dios vaya nuestra intención, más valdrá el multiplicador y mayor será el *producto* de nuestra multiplicación.

¡Qué estímulo tan poderoso aparece por aquí para nuestro perfeccionamiento espiritual y para el aumento siempre creciente de nuestro amor a Dios!

3572. Una fórmula muy sencilla para ese multiplicador podría ser ésta: Conservar nuestra alma y hacer nuestras obras de tal modo, que si le preguntaran al Corazón de Jesús por nosotros, Él pudiera responder: ¡Estoy contento..!

¡Hacerlo todo para darle gusto al Corazón de Jesús!

¡Vaya una buena *multiplicación*, o mejor, vaya una *elevación a potencia*!

Terminamos con la misma oración de San Manuel González con la que iniciábamos, invocando la protección de Nuestra Madre, para que nos ayude a perseverar en los propósitos de estos Ejercicios:



«¡Madre querida!... ¡Que no nos cansemos!

Firmes, decididos, alentados, sonrientes siempre, con los ojos de la cara fijos en el prójimo y en sus necesidades, para socorrerlos, y con los ojos del alma fijos en el Corazón de Jesús que está en el Sagrario, ocupemos nuestro puesto, el que a cada uno nos ha señalado Dios. ¡Nada de volver la cara atrás! ¡Nada de cruzarse de brazos! ¡Nada de estériles lamentos! Mientras nos quede una gota de sangre que derramar, unas monedas que repartir, un poco de energía que gastar, una palabra que decir, un aliento de nuestro corazón, un poco de fuerza en nuestras manos o en nuestros pies, que puedan servir para dar gloria a Él y a Ti y para hacer un poco de bien a nuestros hermanos. **¡Madre mía... morir antes que cansarnos!».**

¡Ave María y adelante!